



SOCIEDAD Y DEMOCRACIA EN BOLIVIA: 1920-1960

ISABEL TORRES DUJISIN¹

¡Es difícil hablar de Bolivia como una unidad porque hay, a lo menos, dos Bolivias. Una, la pobre, atrasada y mayoritaria, compuesta por el pueblo indígena, con una cosmovisión propia; y otra, la de los blancos, sector que ha concentrado y ostentado el poder, junto a una pequeña presencia mestiza. De este modo, la distribución del poder y de la pobreza, ha dejado establecido de modo evidente, la presencia de dos mundos, de dos realidades. Por lo tanto, cuando se hace alusión al desarrollo político y social de Bolivia se debe tomar conciencia que esta visión parte desde la minoría dominante.;

Recuerdo una notable conferencia del escritor Carlos Fuentes en la cual relataba la historia de América Latina como si fuera un cuento y parafraseándolo se debería partir diciendo:

Había una vez un vasto imperio colonial, el más grande conocido hasta entonces, que se extendía de la Alta California al Cabo de Hornos. Durante tres siglos, el imperio español del nuevo mundo llevó a cabo la conquista y evangelización de los pueblos sometidos. Se crearon grandes ciudades, imprentas, universidades y también grandes servidumbres en las minas y en las haciendas. Se fueron formando sociedades con grandes desigualdades, el peonaje indio en la base y una elite criolla en la cima. Se le

¹ Profesora del Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile.

dio la espalda a las tradiciones indígenas por bárbaras y se incurrió en una imitación de lo europeo carente de sensatez. Las costumbres de los habitantes originarios fueron anuladas por "salvajes". Las sociedades lograron una articulación, creció la producción, se urbanizaron, se desarrollaron las relaciones comerciales con el exterior, sin embargo, lo que se mantuvo fueron las barreras de la inmensa mayoría indígena para acceder al poder, a mejores condiciones de vida, persistiendo las dos naciones; la próspera y poderosa y la marginada y pobre.

Bolivia constituye una realidad muy particular. Es un país que reúne una serie de características muy propias de lo que es la situación de América Latina, pero en su expresión más extrema. Lo primero que hay que señalar es que se encuentra ubicada entre los países más pobres del continente.* Algunas cifras, a modo de ejemplo: en la tasa media de crecimiento en distintos períodos, Bolivia siempre se encuentra en el último rango; en el periodo comprendido entre 1850-1913, el crecimiento de este país alcanzó el 0,44 y para tener una referencia, Argentina y Uruguay, durante esos mismos años, estaban entre el 3,3 y el 3,1. En el período 1913 y 1939, Bolivia tuvo una tasa de crecimiento negativo, llegando a un -0,3, mientras que Argentina, para mantener la misma comparación, alcanzaba un 2,6. Si esto lo relacionamos con las tasas de crecimiento demográfico, se observa la misma situación y se aprecia que en el período comprendido entre 1910 y 1930, Bolivia presenta una declinación, teniendo junto a Guatemala una tasa negativa. Otros indicadores dejan ver de manera más cruel su miseria. En 1900, la esperanza de vida llegaba a los 26 años y la tasa de analfabetismo era de un 81,5%. Podríamos seguir entregando muchas más cifras que reforzarían lo que he señalado.

Sin embargo, está claro que hablar de América Latina como un todo unitario y con procesos similares, es difícil. Podríamos más bien hablar de tendencias, de grandes momentos que están asociados al contexto internacional, a las crisis, a la dependencia; pero siempre hay que aterrizarlos a las particularidades de cada país. Entonces, ¿qué constituye lo propio, lo específico de este país andino? Bolivia, al igual que el resto de América Latina se encontraba, hasta los años veinte, bajo gobiernos oligárquicos, esto quiere decir, Estados débiles en que el poder político y el económico se supeditaban a los intereses del proyecto oligárquico. Sin embargo, esta situación, en

la mayoría de los países de América Latina, fue modificándose para ir dando paso a gobiernos mesocráticos y populistas.

En Bolivia, la crisis del sistema político se hace visible después de la Guerra del Chaco (1932 y 1935). Hasta antes de ese conflicto, la oligarquía financiero-minera había dirigido absolutamente el país, con la particularidad —que ya he señalada— de contar con una población de alta composición indígena. Estamos hablando que entre quechuas y aymarás constituirán un porcentaje cercano al ochenta por ciento, el resto era población mestiza y blanca.

Es fundamental consignar la importancia económica —y como ésta se asociaba al poder político— que representaba la exportación minera del estaño. Los indicadores dan cuenta que en el período que va desde 1900 hasta el 1940, este mineral representaba entre el 27%, en el primero de esos años, su cifra más baja, y el 84%, en el último de éstos, la cifra más alta, respecto a los volúmenes totales de exportación del país. De esta manera, el país dependía casi exclusivamente de la exportación minera, la cual se encontraba en manos de una oligarquía que se concentraba en tres grandes familias: los Patiño, los Hochschild y los Aramayo, conocidos como *La Rosca*, que era el concepto que se usaba para denominar a esta suerte de triángulo del poder. La burocracia estatal, prácticamente era empleada de este poder, e incluso, los terratenientes no tenían un peso sustantivo, ya que *La Rosca*, como poder político y económico, era inversamente proporcional al poder y al desarrollo del Estado, no requería de más Estado. El desarrollo boliviano estaba asociado a la actividad económica-minera y la construcción del tendido ferroviario, que estaba vinculado a la exportación minera, la realizaron sectores privados. No hay que extrañarse: fue la fórmula característica del desarrollo en América Latina, sobre todo en los primeros veinte años del siglo XX, cuando la construcción de puertos, trenes y la infraestructura necesaria para la actividad económica estuvo en manos de privados, quienes requerían asegurar su condición de países exportadores de materias primas y monoexportadores.

Bolivia era uno de los países que tenían la recaudación tributaria más baja de América Latina, esta era prácticamente inexistente. El Estado, entonces, canalizó el crecimiento, pero estrechamente vinculado a los intere-

ses de estas familias. En los años novecientos treinta, cuando se produce la Guerra del Chaco, se estableció un impuesto tributario para fondos de guerra, es decir, el aumento tributario estuvo asociado a la coyuntura bélica. Por ello mismo, uno de los hechos más relevantes para comprender la evolución política y económica durante la primera mitad del siglo XX fue la Guerra del Chaco, perdida contra Paraguay. Se podría hablar de un antes y un después de aquel suceso. Ésta constituyó un punto de inflexión histórica porque allí convergieron dos fenómenos reveladores: primero fue una guerra de tipo expansionista, en que el costo humano fue muy alto. Las cifras estimadas señalan aproximadamente sesenta y cinco mil muertos de una población total de tres millones. Segundo, la naturaleza económica de esta guerra tuvo su origen en la crisis de los años 1919 y 1920, la cual había golpeado duramente a América Latina. En ese contexto de crisis, la Guerra del Chaco constituyó un intento de salida a ese período de contracción a través de una estrategia de expansión, pero al fracasar ésta, porque se perdió la guerra, se agravaron aun más las dificultades económicas ante las cuales los países mineros fueron los más duramente afectados. Se produjo de este modo un doble deterioro económico: la crisis internacional y la guerra con Paraguay.

Para las masas enroladas en el ejército, esta guerra tuvo los mismos efectos que en los demás países. Estimuló la industrialización y la urbanización, puesto que provocó el éxodo rural, haciendo mella en las bases feudales de la propiedad agraria. La guerra también tuvo un efecto psicológico importante en los jóvenes oficiales, quienes atribuyeron la derrota a la pésima dirección política del país y por consiguiente a la oligarquía. La misma actitud tomaron los sectores intelectuales, en su mayoría muy receptivos al pensamiento socialista.

En un contexto más amplio, como es bien sabido, las crisis de legitimidad que enfrentaron las oligarquías latinoamericanas se produjeron como resultado tanto de la Primera Guerra Mundial como de los sucesos económicos de comienzos de la década de 1930 y sus efectos, cuando comienza a cuestionarse el modelo político existente. En Bolivia, dicho cuestionamiento sólo fue provocado después de la Guerra del Chaco y directamente asociado con ésta, la que fue considerada como un *desastre nacional*, influyendo notoriamente en el debilitamiento del régimen oligárquico.

Anteriormente, en la década del veinte, lo más significativo en lo referente a organizaciones y acciones sociales lo constituyeron las luchas campesinas, las cuales tenían características muy peculiares que las han hecho ser definidas como *movimientos arcaicos*, asociados a las organizaciones comunitarias creadas durante el período colonial y que durante el siglo XIX fueron progresivamente destruidas. A modo de relación, por ejemplo, siguiendo algunos lineamientos de los conflictos de los siglos XVIII y XIX, en los años 1898 y 1899 se conocen hechos de sublevación sumamente reveladores. Se trata del movimiento *Willca*, el que se extendió a todo el altiplano y se fue radicalizando progresivamente, exigiendo la devolución de las tierras de comunidad y la formación de un gobierno campesino. Este movimiento fue dirigido por caciques con liderazgos muy fuertes. Se podría señalar que la conciencia *comunitaria* nunca dejó de existir y volvió a aparecer en 1921 en el movimiento de *Jesús de Machaca*. La tradición comunitaria y el papel de los pequeños campesinos, han demostrado una fuerte conciencia de identidad y capacidad de acción autónoma. No obstante ello, el sindicalismo se organizó recién en 1936 con grupos obreros y campesinos y sólo a partir de 1942, éstos se vincularon a grupos revolucionarios, especialmente al PIR. Por lo tanto, se podría señalar que si bien es cierto, el movimiento campesino se desarrolló de manera autónoma, se incorporó muy tardíamente a las organizaciones políticas nacionales.

Influenciados principalmente por organizaciones pro soviéticas, durante los últimos años de la década del treinta y a lo largo de la década siguiente, en la ciudad de Oruro se realizaron varios congresos de trabajadores. Sin embargo, será a partir de la derrota bélica, cuando efectivamente se comenzó a desarrollar una oposición política con capacidad de movilización. La Guerra del Chaco había ocasionado una enorme cifra de muertos, principalmente indígena, a lo que se sumó el incremento de la miseria tanto en las zonas campesinas como en los enclaves mineros. Este último sector, había constituido la principal fuente de reclutamiento para la guerra, y su partida había impulsado o forzado cierta migración hacia la ciudad, posibilitando un incipiente desarrollo industrial. Es por todo ello que se explica el porqué en la década del cuarenta comienzan a emerger organizaciones políticas, pero esta vez, estrechamente vinculadas a caudillos y no a propuestas con un soporte ideológico o programático.

Los efectos negativos de la crisis de los treinta, junto al nacionalismo larvado que emerge de manera más abierta después del Chaco, prepararon el ambiente de lo que vendría posteriormente. En la década de los cuarenta, el contexto mundial nos permite entender de modo más integral el origen de los populismos latinoamericanos. El surgimiento de los regímenes fascistas y nazistas en Europa tenía una fuerte carga de nacionalismo, discurso que logra influir en la mayoría de los líderes de los distintos países de América Latina. Bolivia no fue la excepción; saliendo de la guerra expansionista fracasada, diferentes sectores se posesionaron del discurso nacionalista como forma de salvaguardar la identidad nacional frente a los otros. Así entendemos que los diferentes grupos que aparecen en el escenario público de los cuarenta, estaban muy marcados por esta realidad. La combinación de estos factores produjo una gran fragmentación partidaria y la dispersión de diferentes movimientos políticos.

La ligazón y estrecha asociación entre los movimientos políticos y sus caudillos o líderes ha hecho muy frágil la estabilidad política y su institucionalidad. Dicho de otro modo, la naturaleza de estos grupos o partidos de claro corte caudillista, ha estado asociada en gran medida a la inestabilidad política que ha vivido ese país, en que las elecciones populares han sido una mera farsa, que ha servido para consolidar los regímenes oligárquicos y sus gobiernos, primando los personalismos por sobre la institucionalización política. El control de las elecciones ha sido una oscura maquinaria electoral de los partidos y/o de sus caudillos. El papel jugado por el clientelismo y el fraude electoral convirtieron los diferentes comicios en expresión de poder y no en expresión de voluntad popular. La demostración empírica más irrefutable es que con la alta composición indígena existente en el país, nunca ha habido un presidente ni de origen indígena, ni con un discurso defensor de este sector.

40 ;Al analizar la política boliviana, durante el período, una constante ha sido el zigzagueo de las diferentes organizaciones sociales en paralelo a la casi imposibilidad de catalogar la naturaleza de las alianzas, dado que éstas se acomodaban a las coyunturas y a las posiciones de sus caudillos, más que a lineamientos ideológicos simplificados en una verdadera obsesión por sancionar cada reforma a través de una nueva constitución.;

La trayectoria política de comienzos de la década del cuarenta, es la prueba concreta de las afirmaciones antes hechas y dio cuenta de las flaquezas sobre las cuales emergía el sistema. En 1943 un golpe de Estado hizo subir al poder a Gualberto Villarroel, quien llamó a formar parte de su gobierno a miembros del Movimiento Nacionalista Revolucionario MNR. Frente a esto, EE.UU. y la oligarquía reaccionaron, acusando al nuevo gobierno de haber sido financiado por la embajada alemana. La presión hizo que Villarroel cediera y apartara a los miembros del MNR del gobierno. El general Gualberto Villarroel era el máximo líder de un grupo de militares, llamados *Razón de Patria*, el RADEPA, los que tenían claramente un discurso de tipo nacionalista. Dicho golpe de Estado contó con un apoyo muy heterogéneo, como el del MNR, de la organización sindical minera FSTMB, la cual defendía una posición crítica al sindicalismo más vinculado al discurso marxista o anarquista, como también de grupos de derecha de corte nacionalista. La oposición al régimen era igualmente diversa, ya que estaba integrada por sectores de la derecha oligarca en alianza con el Partido de Izquierda Revolucionaria, el PIR. En 1944, los sectores de oposición a Villarroel intentaron un golpe militar el que fue brutalmente reprimido. Los fusilamientos ocurridos aquejaron a sectores sindicales vinculados al PIR como también a sectores de la oligarquía e impactaron hondamente por el nivel de violencia empleada. Dicho episodio fue conocido como *la masacre de Chuspipata*. La reacción tanto de la oposición como de diferentes sectores fue una ola de huelgas en la que el PIR ejerció un fuerte liderazgo. La crisis y el debilitamiento del régimen fueron cada vez mayores y en el año 1946, el presidente fue asesinado, colgado de un farol como escarmiento.⁴

Reconociendo que es a partir de la década del cuarenta cuando emergen organizaciones políticas propiamente tales, y que serán aquellas las que permitan entender la llamada *Revolución Boliviana*; a modo de clasificación podríamos indicar las grandes corrientes que fueron irrumpiendo en la vida política. Una de tipo reformista nacional, otra revolucionaria socialista, a las que se debe agregar el substancial rol que desempeñaron los militares. Este último sector, al igual que en otros procesos de América Latina, jugó un gran protagonismo político a través de golpes militares. Bolivia no ha escapado a esa norma. Esos mismos militares se plantearon críticos a la

estrategia militar que llevó al fracaso de la guerra y sobre esa base, formaron parte de la política durante largos períodos. Una primera organización fue la Legión de Ex Combatientes, la LEC, cuyo jefe supremo era Germán Busch, Presidente entre 1937 y 1939 cuando encabezó un régimen cívico militar. En 1939 se suicidó, pasando todo el poder a las FFAA. El grupo LEC estaba integrado principalmente por mandos medios. Un segundo grupo de militares fue el ya señalado *Razón de Patria*, que entró a la escena política en 1943 y respecto al cual me he referido anteriormente.

Por su parte, los grupos de izquierda provenían de diferentes vertientes, tanto de sectores medios intelectuales como también de origen obrero y campesino. El Partido de Izquierda Revolucionaria (PIR), de tendencia pro soviética, surgió en 1940. Se trataba de un partido con un discurso revolucionario que, sin embargo, durante el gobierno de Villarroel se ubicó en la oposición, en alianza con grupos de derecha como también junto a un grupo de organizaciones obreras. A esta oposición las unía la común acusación al gobierno de ser un régimen nazista. Otros partidos de izquierda eran el Partido Socialista de Bolivia y el Partido Comunista boliviano, vinculado también a la internacional comunista. Estos dos grupos eran minoritarios, sin mucha influencia en la masa, aunque con alta conciencia de clase, pero sin expresión política amplia. Constituyeron una cierta *aristocracia obrera revolucionaria* que encontró una interesante expresión en Bolivia. En todo caso, dentro de los partidos más identificados con la izquierda, el de mayor peso, el de mayor poder y capacidad para levantar una propuesta de gobierno, fue el PIR.

A todo lo anterior, se debe agregar aquello que podríamos definir como los movimientos populistas, en donde el principal partido fue el Movimiento Nacional Revolucionario —el MNR— que por entonces tuvo la capacidad de aglutinar distintos sectores sociales y hacer converger distintas propuestas. Era un partido que estaba por hacer cambios y reformas, y que se vincula estrechamente al liderazgo de Víctor Paz Estenssoro.

El MNR es el partido que llevó adelante la llamada Revolución Boliviana, movimiento que tenía su influencia en esta mirada latinoamericanista del aprismo de los treinta, con su máximo líder Haya de la Torre. Había una clara convicción de la necesidad de levantar movimientos de tipo revolucio-

nario, pero desvinculados de una mirada sobreideologizada de tipo internacionalista. Estos nuevos movimientos buscaban recuperar el marxismo leninismo, para interpretarlo desde la propia realidad latinoamericana.

La Revolución Boliviana constituye, de acuerdo a algunas interpretaciones, un caso típico de movimiento populista, porque junto a la presión popular, minera y campesina, se mezcló una lucha anti-imperialista junto a las ansias de apertura de un sistema político que había superado el poder hegemónico que tenía *La Rosca*. Se hablaba del traslado del poder de Sucre a La Paz, aun cuando no se había liberado del control oligárquico.

En forma posterior a los sucesos de Chispipata y a la enorme agitación ocurrida, se comenzó a volver lentamente hacia una democracia *limitada*, con fuertes presiones sociales que incluyeron a la emergente clase media de empleados y profesionales. En esa transición, en el año 1951, en elecciones libres (votaban los alfabetos), se permitió competir al MNR, obteniendo este movimiento el cuarenta y cinco por ciento de los sufragios. Su candidato era Víctor Paz Estenssoro. Estas elecciones no fueron reconocidas, y a través de una insurrección militar se buscó invalidar el proceso, pero, contrariamente a lo esperado, el gobierno se vio enfrentado a una resistencia popular, con mucho de espontaneísmo y dispersión, concitando las simpatías de diversos sectores, en gran mayoría provenientes del *villarroelismo*. No sólo los votos estaban a favor del MNR, sino que también el apoyo de las principales organizaciones de masas obreras y campesinas. La capacidad de articulación de las sociedades civiles, vinculadas al mundo campesino, o al mundo minero, mostraron un desarrollo y un poder de reacción y de movilización. En Oruro, importante centro minero, se constituyó una suerte de territorio liberado. El ejército también enfrentó conflictos internos, al no reconocer los resultados de la votación, se produjeron insurrecciones en su interior que le debilitaron profundamente. Así mismo, dentro de la policía ocurrieron notorias deserciones por la falta de reconocimiento de la votación, y, posteriormente, algunos de sus miembros pasaron a formar parte de los grupos de apoyo al nuevo gobierno. En el éxito del movimiento que sigue debe haber influido el hecho que por primera vez se rompía o se replegaba, temporalmente, la coalición oligarquía-ejército.

Por otra parte, el candidato del MNR contaba también con el respaldo

de la Central Obrera Boliviana (COB), que estaba dirigida por Juan Lechin. Este apoyo obrero-minero fue decisivo para que asumiera Paz Estenssoro, llegándose a un co-gobierno con la central sindical boliviana y su líder Lechin.

La gran fortaleza del nuevo gobierno —la amplitud de sus respaldos— era a la vez su gran debilidad. Se implementaron una serie de medidas populistas en que las reivindicaciones de sectores tan diversos hacían difícil consensuar una propuesta de Estado. Entre sus apoyos se encontraban grupos izquierdistas, centristas —los de Paz Estenssoro—, nacionalistas, derechistas e incluso antisemitas.

Una vez en el gobierno, Víctor Paz Estenssoro llevó adelante una de las transformaciones sociales más profundas producidas en el continente americano hasta ese momento. De allí la importancia de la Revolución Boliviana. En todo caso, será entre los años cincuenta dos y cincuenta y tres cuando se producen las medidas más importantes: la expropiación de la mayor parte del latifundio, la nacionalización de las empresas mineras de estaño y petróleo y el establecimiento de límites a la acción y formación de las FF.AA. Los años posteriores se centraron en la administración de la crisis.

Efectivamente, una de las primeras medidas fue la nacionalización de la minería, para lo cual se creó la Comisión Minera Boliviana (COMIBOL). La nacionalización no se realizó vía expropiación, sino que se debió pagar monumentales indemnizaciones a los entonces propietarios, a lo cual se agregó que el estaño boliviano sólo podía refinarse en las plantas que éstos habían instalado fuera del país. A esta situación se agregaba el tema de los precios, los cuales pasado el período bélico mundial habían decaído ostensiblemente. El país, por lo tanto, enfrentaba la situación con un Estado prácticamente inexistente y un desarrollo económico débil. En estas circunstancias, el gobierno se hizo cargo de las empresas mineras sin tener la capacidad ni las mejores condiciones económicas, nacionales o mundiales, para que esto se transformara verdaderamente en un potencial y en un capital que permitiera llevar adelante el necesario desarrollo.

Una segunda reforma, igualmente significativa, quizás la más importante, fue la Reforma Agraria del año 1953, la que representaba la tradicional lucha contra la oligarquía con el objetivo de desarrollo nacional. Esta

contó con gran apoyo y presión sindical campesina. Los efectos de esta reforma fueron inmensos: 6 millones quinientas mil hectáreas fueron divididas entre 170 mil familias. La tradición comunitaria del movimiento campesino y el papel de los pequeños campesinos, por ejemplo de la región de Ucareña, hicieron de estos movimientos unos de los más importantes dentro de sus similares en América Latina. Primero, se organizaron de manera autónoma, y, con posterioridad a la reforma agraria, se incorporaron al MNR siendo prácticamente controlados por dicho Movimiento y por el Ministerio de Asuntos Campesinos. Sin embargo, es importante establecer algunas precisiones al respecto; este fue un movimiento muy complejo por la combinación de varias características; por una parte, fue un movimiento propiamente campesino y, por otro lado, un movimiento político que en su interior hacía coexistir intereses de clase, étnicos y democráticos. Sin embargo, y paradójicamente, esa fue una de las causas de su debilitamiento y pérdida de perspectivas. Las otras razones se refieren a las divisiones internas y luchas partidarias o de caciques. Después de la revolución, el movimiento campesino se volvió caciquista, subordinando sus demandas casi únicamente a la lucha política. Posteriormente, en la década de los sesenta, el sindicalismo campesino se alejó de la COB entrando en un período confuso y errático. En 1964, firmó un pacto campesino-militar y apoyó el golpe de Estado del general Barrientos. Después de ello, se lanzó en luchas de tipo autónomo y, con posterioridad, se reorganizó como fuerza política.

Fueron estas dos grandes reformas las que concitaron gran apoyo en América Latina y que la Revolución Boliviana fuera muy observada. Debido a especiales connotaciones que tuvieron que ver fundamentalmente con la imagen política de un país con fuerte predominio de las oligarquías en que los sectores revolucionarios asociados con los dirigentes sindicales llevaban adelante la nacionalización de la minería y la reforma agraria, el movimiento no podía pasar desapercibido. Esta fue la segunda Reforma Agraria en América Latina, la primera había sido en México en 1913. Alguien ha señalado que *la Revolución Boliviana adquiere un sentido diferente al que podría haber tenido la mexicana, porque se produjo en una década complicada, en plena Guerra Fría, en tiempos de alineamiento de bloques. El mundo del cincuenta no tiene nada que ver con el de principios de siglo, es otro.*

Lo anterior debe complementarse con otro dato clave. La revolución

mexicana fue anterior a la revolución rusa; entonces, no estaba ese referente de la revolución socialista como nueva propuesta de sociedad. La boliviana tenía otras connotaciones políticas, el mundo era otro. En el año 1952, el MNR reivindicaba el ser una izquierda nacional, sin dependencias foráneas de ninguna naturaleza, un partido policlasista de obreros, campesinos y clases medias. Al resaltar que *nuestra interpretación de la historia boliviana no se sujeta a los dogmas analíticos de ninguna teoría extranjera, sino a las reglas de interpretación de nuestro propio examen general de la historia, la economía, la política, la cultura y la sociedad boliviana* [y que] *el MNR es la expresión organizada y la fuerza de acción política del pueblo boliviano*, se estaba enfatizando el carácter antiimperialista y anticolonial del movimiento, se valorizaba a las fuerzas nativas y se criticaba indirectamente al pensamiento socialista europeo. Esas perspectivas, con tan marcado nacionalismo y valoración de lo nativo, tenía un alto grado de originalidad, diferenciándose de otras propuestas, tales como la del APRA en Perú o del PRI en México. No sólo se trataba de la valoración de lo propiamente latinoamericano, sino que se establecía una línea de continuidad con un pasado más lejano, el de la dominación española. No obstante todo ello, el MNR trató de copiar el modelo político mexicano de partido hegemónico y buscó que el Estado constituyera la primera fuerza empresarial. Sin embargo, fracasó.

Pero ¿qué fue de esta revolución? Varios factores influyeron en el debilitamiento y el posterior fracaso de este proceso. El bajo nivel de integración que consiguió el MNR al interior de su movimiento lo llevó a la paulatina descomposición política, siendo incapaz de constituirse en un partido de mayorías o amplio, permitiendo por su debilidad la llegada de los gobiernos militares. La evolución del MNR fue de descomposición progresiva haciendo inevitable la crisis del régimen. Cuando me refiero a falta de integración del partido principal de gobierno, quiero decir que primaban los intereses sectoriales por sobre los nacionales de la revolución, que la composición tan heterogénea, más que ser una expresión de pluralidad, era la expresión de posiciones contrapuestas. La derecha que formaba parte del gobierno fue excluida por la presión de la COB e intentó en 1953 un golpe de Estado que no alcanzó a ser exitoso. Dentro del MNR se produjeron divisiones entre el sector pazerista y una fracción de izquierda dirigida por Lechin. En 1956, ante la imposibilidad de reelección fue proclamado como

candidato el dirigente más moderado —Hernán Siles Zuazo—. Al finalizar el mandato de este último, y frente a la aspiración de volver a la presidencia, Víctor Paz aceptó una nueva alianza con Lechin, el dirigente de la COB, lo cual le permitió llegar por segunda vez a la presidencia en 1960. Por su parte, el gobierno de *intermedio* de Siles Zuazo había generado fuertes tensiones porque fue considerado por los sindicalistas como favorable al imperialismo.

Debe agregarse que este proceso de reformas se llevó a cabo con pocos activos: con un sistema político debilitado, con un desarrollo capitalista prácticamente inexistente y un desarrollo industrial muy frágil. El año cincuenta y seis se produjo una inflación desatada que obligó a imponer radicales políticas de estabilización. Con ello, se produce el giro hacia la derecha de Paz Estenssoro y termina gobernando con lo que se podía. De este modo, el régimen populista revolucionario dejó pocos frutos para las décadas posteriores. ¿Qué es lo que deja? La capacidad de organización de distintos grupos que hace definir la Revolución Boliviana como un reformismo revolucionario. Permitió a la vez la formación de una importante burguesía nacional, ligada a la derecha del partido gobernante.

Sin embargo, fue la inconexión interna del MNR lo que constituyó la gran debilidad de este proceso político. En 1964, en que se debía definir la sucesión de Paz, estalló otra nueva crisis con la separación de Lechin del MNR. Lechin formó un nuevo partido, el Partido Revolucionario de Izquierda Nacional, el PRIN. Por su parte, Paz Estenssoro, frente a la presión militar, como también de la derecha, aceptó apoyar al general Barrientos, quien finalmente dio un golpe militar inaugurando un largo período de regímenes dictatoriales.

Por cierto, la década del sesenta fue totalmente diferente a las experiencias anteriores. Después de la Revolución cubana, Estados Unidos llevó a cabo su programa de *Alianza para el Progreso* y Bolivia logró en gran medida los fondos que le permitieron construir un sector público, un Estado. Inicialmente, la Alianza para el Progreso buscaba apoyar a los gobiernos democráticos junto a la implementación de reformas tributarias, reformas agrarias, programas de urbanización, etc. Los acontecimientos políticos y sociales que se fueron produciendo provocaron el cambio de esos objetivos

y una redefinición de las acciones seguidas dando mayor preponderancia a los problemas de seguridad nacional, lo cual se traduce en una política de apoyo militar. En esa década, Bolivia fue capaz de exhibir fuerzas armadas reformadas que habían abandonado su marcado caudillismo nacionalista para pasar a convertirse en un cuerpo militar que se reconocía en la Doctrina de Seguridad Nacional impulsada por los Estados Unidos.

La llegada del Che Guevara a Bolivia, pretendiendo hacer de los Andes la Sierra Maestra de América del Sur, también marcó un hito político importante, pero por sobre todo fue su muerte la que dividió más aún a los sectores de izquierda. Bolivia, después de su revolución, quizás como efecto no deseado, alcanzó finalmente la institucionalización del modelo de desarrollo capitalista y a modo de ejemplo, como logros significativos, pudo mostrar tasas de analfabetismo que desde un 75.1% en el año 1930, un 72.1% en 1940, un 67,9% en 1960, llega a un 44% en 1970. Es decir, en cuarenta años, se logra bajar un 31%. ¿A quién debe aplicarse ese éxito?

¡A modo de conclusión, se podría señalar que en aquellos países donde las clases medias son muy débiles o prácticamente inexistentes y el poder de la oligarquía es muy grande, las soluciones buscadas son más radicales. Las clases medias pueden actuar como una suerte de bisagra económica o social. El caso de Bolivia muestra cómo los dos grandes partidos que emergen después de la Guerra del Chaco, incorporaron la palabra revolucionaria. Cuando se hablaba de revolución en la década del cincuenta, se estaba pensando en cambios radicales, por ello es que el PIR y el MNR acogieron en sus nombres la palabra revolución. Buscaban transformar las estructuras existentes.}

Kamel Harire: En todos estos procesos, ¿podemos visualizar el papel de la Iglesia?

Bolivia, al igual que la mayoría de los países latinoamericanos, en el siglo XX vivió la recuperación de la religión frente al pasado siglo XIX, marcado por el libre pensamiento, la masonería y el positivismo, estando las elites muy cooptadas por estas corrientes de pensamiento. Podríamos decir que a comienzos del XX, comienza a desaparecer la crítica del siglo XIX, principalmente del liberalismo extremo anticatólico, que rebajaba al catolicismo a una entidad retardataria y obsoleta.

Ahora, se comenzó nuevamente a valorar la acción social de diferentes órdenes religiosas en su relación con los indígenas. Para las elites gobernantes fue *bien visto* su cercanía con la Iglesia. Ya a mediados de siglo comenzaron a surgir por todo el continente organismos que *condenaban* la desmedradas situaciones de su entorno, las cuales eran denunciadas como resultado de las injustas estructuras derivadas de un capitalismo subdesarrollado y dependiente. Son grupos fuertemente críticos de las autoridades jerárquicas de las iglesias locales, vistas como *comprometidas* con el sistema. Entre éstos se encuentran los sacerdotes del grupo ISAL de Bolivia y en 1969 se edita la voluminosa obra *Teología de la Liberación*. Dicha Teología se venía gestando desde el Concilio Vaticano II y alcanzó su mayor auge a partir de Medellín. La denominada Teología de la Liberación se presentó como alternativa a la Teología oficial Católica que era denunciada por ésta como eurocéntrica y burguesa. Se produjeron deserciones sacerdotales hacia el terreno político, constituyendo una de sus máximas expresiones el mítico cura-guerrillero Camilo Torres Restrepo, asesinado por las Fuerzas Armadas colombianas en 1966.

En la Conferencia de Medellín, el acento principal estuvo marcado por la difícil situación en la que descubrían los Obispos al hombre latinoamericano. Se había acentuado entonces el proceso de toma de conciencia de las duras condiciones de vida del continente. El subdesarrollo y sus nefastas consecuencias de pobreza y miseria.

Bolivia estaba y está inserta en estas realidades en que cada vez más la Iglesia va constatando el sentir de estos sectores pobres. Eso se refleja en campesinos y mineros, y a partir de éstos, se va originando una Iglesia que mira hacia los cambios a partir de un proyecto más bien de carácter social.

Ricardo Iglesias: Voy a ir a otro campo, no al de la Historia Política. A pesar de esa heterogeneidad de los bolivianos desde un punto de vista étnico, siempre me ha llamado la atención el problema de la guerra. Es un tema que puede cohesionar o no, pero es un factor importante en la historia boliviana. Igualmente llama la atención el grado de violencia que se registra en los conflictos sociales que acontecen en Bolivia. No sé cuán excepcional es ello a nivel de Latinoamérica. Como estereotipo, desde el punto de vista de mentalidades, pareciera que los bolivianos fuesen más pasivos, pacíficos, pero tienen soluciones radicales. Por ello es que la pregunta es si los movimientos sociales

bolivianos son efectivamente una excepcionalidad dentro de los conflictos sociales de Latinoamérica.

¡Efectivamente, Bolivia es un país de contrastes, y como bien se señala, sus conflictos alcanzan gran agitación y soluciones radicales, pero pareciera que lo que falta es una línea de continuidad, son más bien explosiones que transformaciones. ¡

En la emblemática *Revolución Boliviana*, el líder Paz Estenssoro y el MNR se vieron enfrentados a un proceso donde lograron concitar movilización y apoyo minero, pero no la posibilidad de consolidar y llevar adelante una revolución, porque una revolución debe ser capaz de lograr transformaciones sociales, económicas y políticas y eso efectivamente no sucedió en Bolivia.

En ese momento, hablar de revolución significaba la nacionalización de las riquezas básicas y la Reforma Agraria. Esta última era un símbolo para los objetivos sociales de lograr penetrar el gran latifundio. Se señala que Cuba, Bolivia y México han sido los países donde los campesinos y trabajadores rurales se han beneficiado más con sus respectivas reformas agrarias. Por otra parte, y no es menor esta consideración, el contexto internacional apuntaba en una dirección distinta a la que se buscaba implementar en Bolivia, es decir, en la década de los cincuenta, cambiando ya el eje de dependencia hacia Estados Unidos, el modelo de industrialización se sostenía sobre la alianza del Estado, las transnacionales y las burguesías locales, cosa que en el país no ocurría y cuando comenzó a ocurrir, a mediados y fines de los cincuenta, el proyecto popular se debilitó. Sin embargo, hay datos que sí resultan apreciables, como por ejemplo, que en los años sesenta Bolivia lideraba el desarrollo de las empresas públicas, y eso estaba íntimamente relacionado a un mayor desarrollo económico. No obstante, el país alcanzó un lento desarrollo industrial, lo demuestran algunas cifras que tengo: por ejemplo, en 1970, casi veinte años después de la Reforma Agraria, la composición del mercado estaba definitivamente concentrada en la agricultura tradicional, ésta representaba el 53,5% en comparación con la agricultura y la minería moderna que solo representaban el 11,5%. En los años sesenta, la inversión extranjera se concentró en la minería y la Alianza para el Progreso financió una parte importante del sector público.

Jaime Vito: Me pregunto en realidad por la singularidad de Bolivia, porque desde la época de Sucre, el mismo nombre de Bolivia es un tremendo nombre, o sea, es algo que yo creo que en el fondo se acuñó pensando no sólo en lo que sería la construcción de un Estado nacional, tal como ocurrió en los demás casos latinoamericanos, sino con las posibles proyecciones de las ideas que tenía Bolívar de la unidad de América Latina. Entonces, Bolivia, desde el nombre, levanta un tema que siempre nos provoca. Lo que se ha acuñado, en gran medida, es también un mito en términos de poder político y social. Siempre Bolivia aparece como referencia para la medida de lo latinoamericano. Con el caso del Che, me acuerdo que dentro de sus diarios juveniles, hay un momento en que justamente llega a Bolivia entre los años cincuenta y dos o cincuenta y tres, cuando se estaba produciendo justamente el tema de la Reforma Agraria. Él narra allí las impresiones que le causaban los mineros caminando y tirando dinamita por La Paz. Su evaluación del movimiento nacionalista fue negativa, es decir, apostaba por la proyección de un movimiento al cual no le veía mucho futuro. En el año 1966, en su vuelta, pareciera que todavía seguía viendo a Bolivia como una plataforma, pero que no pensaba en una Revolución en Bolivia. Lo que trato de señalar es que Bolivia, por mucho tiempo, se ha visto como un símbolo o un signo. El asunto es saber qué responsabilidad tienen en eso los bolivianos. Durante gran parte de la historia que se ha expuesto, se ha señalado que la revolución es una revolución que tiene sentido en la perspectiva nacionalista, es decir, hay que construir Bolivia a partir de una política de Estado. Sin embargo, plantear el término nacionalista hoy en día tal como uno se lo podía plantear en los treinta, cuarenta, cincuenta, ya no corresponde. Por ejemplo, cuando se analizan las acciones de Evo Morales, a propósito del tema del gas, más que situar el problema como un problema en el concierto del litigio internacional por la frontera chilena y peruana, el asunto se concentra en el problema interno boliviano, es decir, en el cómo se van a repartir los posibles ingresos. La crítica termina dirigida hacia el gobierno. Se piensa en el tema de la salida del gas, pero no se piensa en cómo se articulan y distribuyen internamente las ganancias. En definitiva, el tema de la singularidad boliviana es hoy en día aún un tema pendiente, un tema muy relacionado con su integración política.

Para el siglo XIX, aparecen temas como el de la construcción del Estado que en mucho sentidos tienen contenidos semejantes. Pero ya el siglo XX sorprende en la situación que ya no es posible plantearse de la misma manera, es decir, posiblemente aparezcan los mismos conceptos, la revolución, la

idea de la integración, la idea de la identidad, pero sus contenidos van siendo cada vez más diversos. En esos términos, no sé si ahora se puede articular algún tipo de contenido que rebase el problema boliviano e incorpore un problema más amplio, más regional, latinoamericano o andino.

Kamel Harire: Me queda un sabor amargo, preocupante, frente a la realidad de todo lo que ha sucedido y lo que está pasando hoy día. Hay una especie de bomba de tiempo allí, porque a pesar de tantas experiencias, ellas no han tenido el cauce, el desarrollo, que en cada momento se ha pensado. Hay desfases muy consistentes con los procesos de otras sociedades, incluso dentro de la misma Latinoamérica.

Fernando Rivas: Respecto a la singularidad a la que se refiere Jaime Vito, da la sensación de que Bolivia es un país demasiado frágil, demasiado incoherente, con poco método en el fondo, sin articulaciones. Parece que allí se ha practicado todo y han sido muy anticipatorios respecto de muchas situaciones o ideas políticas que se han planteado después, pero siempre ha faltado un hilo conductor o algo que lleve a puerto, a lograr los grandes objetivos. Entonces, la singularidad en Bolivia, por lo que siento, tiene que ver con la palabra anarquía, esta forma como caótica de tratar de organizar algo que nunca termina en lo pensado o querido. Esa es la impresión que me queda de Bolivia, un país con el cual es muy difícil relacionarse, porque no hay estabilidad, no hay un referente con el cual se pueda establecer un contacto permanente. Resulta una situación bastante extraña. En Chile, hubo nacionalización mucho después que en Bolivia, pero ellos que iban adelantados, desecharon el proceso mucho antes. Queda la sensación de una especie de laboratorio político y social en el cual la oligarquía practica compitiendo entre sí y sin establecer posibles soluciones sociales definitivas.

Armando Barría: Dentro del conjunto de desarticulaciones antes anotadas, quisiera recordar que en muchos momentos, desde el mundo externo a Bolivia, se ha pensado en la desaparición de Bolivia como tal y su redistribución regional según sus cercanías a países vecinos, Brasil, por ejemplo. Obviamente, no es solución ni algo deseable, pero desde la década del sesenta aparecen claramente presentes determinados desarrollos que experimentan algunas de sus regiones según se relacionen con la presencia brasileña o estén vinculadas al mundo andino propiamente tal. Aquí hay otro elemento de desintegración que atenta contra las posibilidades de desarrollo de Bolivia como nación.

Más que preguntas, estos comentarios dan forma a un verdadero diálogo sobre la historia y sobre la situación de Bolivia. Desde mi particular punto de vista, creo que efectivamente estamos en un período de fragilidad de los sistemas. Si nos dejáramos impactar por el *latín barómetro*, que establece los indicadores de credibilidad frente al sistema democrático, a las instituciones, a los partidos políticos, se ve que es cada vez más baja la credibilidad. Se aprecia un relativismo del valor de la democracia, se acepta un sistema democrático o uno autoritario. Me acuerdo de una pregunta que hacía John Lynch, referido a la conquista española, pero igualmente apropiada a nuestras reflexiones: ¿Cómo pudieron tan pocos derrotar a tantos? Es la eterna pregunta, ¿porqué si hay políticas que benefician a las mayorías, no son las que se establecen?

Eduardo Cavieres: Quisiera que no nos alejáramos, o, por lo menos, que no quedaran soslayados algunos temas de fondo. Primero en términos del Estado. ¿Qué es el Estado? ¿Cómo se construye? ¿Cómo actúa? ¿De qué manera se representa? Por tanto, muy ligado al análisis de la Historia Política, los análisis que tienen que ver con los imaginarios. Es prejuicio ideológico esto de que se considere a Bolivia como una invención y que por lo tanto es igual que existiera o no existiera. La verdad que en el siglo XIX todas son invenciones y la apreciación también la podríamos aplicar a tantos otros casos. El problema fundamental son los procesos que se desarrollan. Por ejemplo, los porcentajes de población indígena en el Perú, los porcentajes de población indígena en el Ecuador, incluso al interior de Venezuela, de Colombia, son igualmente altos, pero, sin embargo, allí se han logrado construir temas de representación del Estado central con deficiencias, pero, en muchos aspectos, más avanzados que en el caso de Bolivia. Pueden haber variadas explicaciones. Se ha dicho también que el problema de Bolivia no ha sido la invención como país, sino el problema de dónde había quedado, de su mediterraneidad que les perjudicó siempre, que le impidió el poder insertarse dentro de la economía del mundo del siglo XIX en forma eficiente o en forma un poco más eficiente como sí lo podía hacer Perú, Ecuador y todos los otros países. Indudablemente, la salida efectiva al mar, no como se esgrime después, sino como un problema real, tuvo que ver con el cómo se construye una infraestructura, un mundo de comunicaciones más o menos modernas para las décadas de 1840-1860, que permitiese sacar los productos y poder competir con esos productos. Es una situación que evidentemente hay que considerar.

Desde allí es cómo el Estado comienza a funcionar. Conozco una anécdota de una colega que haciendo un recorrido por regiones bolivianas para recrear una serie de movimientos sociales que se habían gestado en el siglo XVIII y sus respectivas redes de comunicaciones, siguiendo la edición de un viajero francés de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, llegó a un pueblo muy alejado y muy pobre que estaba en fiesta. Se mostró a sus gentes el libro en donde constaba la existencia de ese pueblo ciento cincuenta años atrás. Frente a su interés por el libro y ante el ofrecimiento de que se le enviaría una copia, se originó una gran discusión sobre quién debía ser receptor del envío. No es que no se supiera cómo llegaría el libro, sino que produjo un problema de desconfianza respecto a quién le correspondería recibirlo. Las estructuras del poder local tradicional, con otras formas, no se ajustaba a una situación actual. La contradicción que surge es que decidieron que no se les enviase a nadie en particular, sino se entregara al funcionario de correos que desde La Paz hacía un recorrido una vez cada cierto tiempo y que al pasar por allí, era el representante del Estado, superior a los poderes locales. Representante de un Estado que está muy lejos, pero que en algunos momentos tiene presencia. Creo que eso es lo que ha venido sucediendo en forma permanente, creo que efectivamente sobre un Estado hay muchos Estados, y que sobre una nación hay muchas naciones, y que el problema de Bolivia ha sido que ese aislamiento anterior a la Guerra del Pacífico y el aislamiento posterior a dicha Guerra, no ha podido efectivamente construir un Estado que funcione por igual para toda la nación o para todas las naciones que lo conforman.

En lo que sucede hoy día, *Le Monde Diplomatique*, en su último número (sept.-oct. 2003), trae un par de artículos sobre Bolivia. El líder de los indígenas, no de los cocaleros, ha dicho que él no tiene pretensión de entrar al gobierno, al revés de Morales que ha puesto cada vez más diputados en el parlamento. El líder indígena dice que lo que le interesa es que le reconozcan la nacionalidad y que, por lo tanto, en este entrecruzamiento de tiempos, de sociedades, de miradas culturales, etc., ellos están todavía en la etapa de reconocimiento de la nación para desde allí conformar una determinada relación con el Estado boliviano. En estos términos, creo que el imaginario político es tremendamente importante de ser estudiado porque está en el trasfondo de las situaciones. Cuando se dice que hay un antes y un después de la Guerra del Chaco, pareciera ser que ese antes y después igualmente se refiere a un tiempo de mediana duración que es el tiempo de la exposición anterior, de los años veinte a los sesenta. Es efectivo, por los efectos de la Guerra del Chaco se dan las condiciones para que hubiera una llamada revolución: un

Estado que se debilita, con Fuerzas Armadas que son derrotadas, provocan una situación que permite reacomodos sociales. Pero en ese tiempo, 1920-1960, en una dimensión mayor no tiene la misma significación que tiene la Guerra del Pacífico, ésta se sobrepone a la Guerra del Chaco, la supera y en el imaginario político y en parte del sostenimiento del Estado es algo muchísimo más importante, más trascendente. En este imaginario político, la Guerra del Pacífico legitima el Estado para seguir, no solamente culpando a los errores de la propia oligarquía, sino además para seguir soslayando un proyecto social que no se tiene.

Seguir sometiendo el problema histórico a la superación de los conflictos internos y externos, es algo que debe resolver el Estado y la sociedad boliviana. Lo importante sería situar correctamente los niveles del imaginario político en sus propias circunstancias y también considerar las propias experiencias pasadas como ese extraordinario período de las décadas de 1940 y 1950 que aquí se han analizado. ¿Porqué el fracaso? Hay responsabilidades que los propios bolivianos deben asumir. El propio Estado tiene su parte de responsabilidad. Lo deseable es evidentemente mirar una Bolivia más cercana, más activa y más próxima.

Estoy de acuerdo en que estamos hablando de dos tipos de Estado que se van sobreponiendo. Pero uno es el Estado Oligarca, que es este papá docente que posteriormente es el Estado de Bienestar, que es el que debe otorgar unas mínimas garantías a la sociedad. El Estado de bienestar se va construyendo en Bolivia muy débilmente a partir de los treinta y los cuarenta, pero es en los cincuenta cuando efectivamente se pretende crear un Estado que para brindar esas condiciones mínimas a sus ciudadanos requería, previamente, de la construcción de un aparato estatal. Hay también problemas de temporalidades que deberían ser consideradas para complementar nuestro análisis.

Orientaciones bibliográficas:

Respecto de las transformaciones políticas y sociales ocurridas en Bolivia durante el siglo XX, existen importantes trabajos de investigación, sin embargo quisiera referirme específicamente a los autores que me han permitido tener una perspectiva más amplia y sugerente en relación a dicho período. Para el tema de la articulación entre élites de poder, movimientos sociales y el análisis de la estructura social desde una perspectiva sociológica, es importante el libro de Alain Touraine,

Actores sociales y sistemas políticos en América Latina, PREALC, 1987. Allí se trabaja en el espacio de la sociedad civil y del Estado latinoamericano, abordando problemas de clase y etnia y la interrelación con los movimientos sociales como actores políticos.

En relación a la Revolución de 1952, el estudio de su estructura económica y la creación de la Central Obrera Boliviana, fundada en el mismo año del triunfo revolucionario, se encuentra muy bien trabajado en el libro de James Dunkerley, *Rebelión en las venas: Las luchas políticas en Bolivia 1952-1982*, La Paz, Bolivia, 1987. Dunkerley es investigador en la Universidad de Londres y ha dedicado gran parte de sus investigaciones al tema de Bolivia. Los trabajos de J.M. Malloy, desde la perspectiva de la comparación política son muy interesantes, en particular *La revolución inconclusa*, Cochabamba, CERES, 1989 y también el artículo "El MNR boliviano; Estudio de un movimiento popular nacionalista en América latina", en *Estudios Andinos*, N°1, 1970.

Para tener un enfoque de historia política, el libro de Manuel Alcántara, *Sistema Políticos en América Latina*, Vol. I, América del Sur, Ed. Tecnos, resulta fundamental. Alcántara ha publicado varios libros sobre América Latina, los que va actualizando periódicamente. En ellos incluye la evolución histórico política, la evolución del ingreso público, los resultados de elecciones presidenciales y parlamentarias, régimen político, sistema legislativo y el comportamiento político, de cada país de América del Sur, de Centro América y del Caribe. Para el caso de Bolivia, entrega las bases para una comprensión de las transformaciones institucionales del país.

Finalmente, la publicación del Banco Interamericano de Desarrollo del año 1998, *Progreso, Pobreza y exclusión: Una historia económica de América Latina en el siglo XX*, de Rosemary Thorp, aporta datos estadísticos sobre diferentes indicadores socio económicos y de producción de todos los países de América Latina. Esta publicación resulta clave, sobre todo para apreciar comparativamente la situación y desarrollo económico de Bolivia en las diferentes etapas de su desarrollo.